del radio de extensión de los cementerios, á lo largo de cada una de las vías antiguas.

1.° En vez de seguir, como los antiguos autores de la *Roma subterránea*, el orden de esas vías consulares, nuestro guía cree más racional dirigirse por la configuración y la naturaleza del suelo. El valle del Tíber, teniendo presente la poca elevación de su nivel y las masas de arena con que el río lo ha recubierto en la época en que lo inundaba por entero, debe desde luego, como se ha dicho, ser excluído. Dejando, pues, el valle y subiendo á las colinas, encontramos las que forman la orilla derecha del primitivo cauce, apenas revestidas de una ligera capa de toba granular, y todavía esta capa es menos compacta y menos profunda que en otras partes. También las colinas del Janículo, que forman parte de ellas, no ofrecen más que dos cementerios, poco distantes uno de otro, el de San Ponciano y el de San Pancracio. El primero está abierto, tanto como fué posible, en la toba granular; pero su mayor parte se ha construído bajo un yacimiento arenoso mezclado de brechas y de fósiles y que presenta bastante solidez. Las capas inferiores hasta hoy inaccesibles vuelven á presentarse en los bancos de toba granular, de tal manera que allí existe uno de los puntos geológicos más interesantes de la Roma subterránea. El cementerio de San Pancracio está por completo abierto en la toba, pero su excavación es, sin embargo, excepcional, porque en él ha debido obedecerse á las caprichosas direcciones de la roca.

2.° Después del Janículo viene el Vaticano. Bajo una delgada capa de toba se encuentran bancos de grosera arena silíceo-calcárea y de marga, que parecen poco favorables para la excavación de las galerías: á veces, sin embargo, estos bancos presentan la solidez de las *arenarias*. El cementerio del Vaticano es muy célebre, pero está hoy día destruído, y atendiendo á que su área la ocupa la gigantesca basílica de San Pedro, sería difícil reconocer con exactitud ni la forma, ni la extensión, ni su modo especial de ser.

Viene en seguida el monte Mario (*Monte Mario*), donde no existen vestigios de subterráneos cristianos, lo que se explica por la calidad de los yacimientos, compuestos de una pequeña cantidad de tobas y de depósitos marinos poco consistentes. Detrás de esta cadena de colinas, del Janículo al Mario, que forma la orilla derecha del Tiber, aparecen, á alguna distancia, grandes bancos de toba granular; también existen en los flancos de estas eminencias varios cementerios cristianos, que son los más apartados de las vías de Porto, Aurelia y Triunfal, casi á milla y media de los muros de Roma.

3.° Pasando ahora á la izquierda del valle, antes de encontrar la cadena de los montes Parioli, se halla, sobre la Vía Flaminiana, una colina aislada, cuya cima es de toba: el resto es un confuso conjunto de arena, de guijarros, y algunas veces de masas muy duras. Allí es donde se encuentra el cementerio de San Valentín, el único que, á juicio del geólogo Brocchi (*Stato fisico del suolo di Roma*, pág. 98), no se ha abierto en la toba granular, sino en un suelo compuesto de *depósitos fluviátiles*. Sabemos que la Vía Flaminiana corre á lo largo del valle y penetra en la cortadura á pico que en los montes Parioli abrió el cónsul Flaminio, cuando trazó la vía que lleva su nombre. Las cimas de estas colinas son inaccesibles, y la maciza costra de travertino formada por los depósitos del Tíber hacía la abertura difícil: esto explica por qué las catacumbas que existen en la dirección de la Vía Flaminiana empiezan y acaban en la primera milla de la ciudad.

4.° Toda la parte del suelo que se extiende á la izquierda del Tíber presenta vastas y profundas capas de toba granular. También todas las alturas que se encadenan entre sí desde los montes Parioli á lo largo de las vías Salaria, Nomentana, Tiburtina, Prenestina, Labicana, Asinaria, Latina, Apia y Ardeatina, hasta que encuentran de nuevo el valle del Tíber en la Vía de Ostia, se prestan admirablemente á las excavaciones, y en efecto, en gran parte han sido excavadas. Y tal es la profundidad de estos bancos, que se han podido practicar allí cuatro y aun cinco pisos de galerías. Pero las ventajas que ofrece la naturaleza de la roca para el establecimiento de los cementerios, se encuentran restringidas por los accidentes del suelo. El valle del Anio opone una barrera á dos millas, poco más ó menos, de las vías Salaria y Nomentana. Más cerca de la ciudad se presenta otro límite formado por un gran valle, sobre la Vía Tiburtina, después de la basílica de San Lorenzo, quizá antes de la primera milla. Sobre la Prenestina y la Labicana, la naturaleza aparente del suelo parecería permitir gran desarrollo á nuestros cementerios. Sin embargo, no existen más que á una distancia considerable, después de esta grande depresión del terreno donde corre el Marrana, y se terminan á poca distancia de Torre-Pignatarra.

5.° Antes de este valle, un solo cementerio nos es conocido, el de Cástulo, y ese conocimiento tan sólo por la historia, puesto que hoy día es inaccesible: fué descubierto por Fabretti y descrito por Boldetti (páginas 100 y 563). Este cementerio parece constituir una excepción, tanto por sus formas como por la disposición del suelo en que está abierto, lo que permite pensar que el interior de la roca es aquí poco propio para las excavaciones, y que ésta es la causa de la ausencia total de catacumbas en una eminencia tan próxima á la ciudad. En efecto, sobre la Vía Prenestina, y en algunos subterráneos de la Labicana, se

observa un vasto banco de toba litoidea, especie de roca en la que nunca fué posible abrir cementerios. Entre la Labicana, la Asinaria y la Latina, un inmenso valle va casi á tocar los muros de Roma, no encontrándose en él ningún vestigio de cementerios cristianos. Las vías Latina, Apia y Ardeatina son un vasto campo donde, hasta la distancia de más de dos millas, no hay una altura que no haya sido explotada por los primeros cristianos; y en este espacio es donde se agrupan los cementerios más célebres, los más numerosos y los más extensos. Esta región termina otra vez en el valle del Tíber, cerca de la Vía de Ostia; y las últimas colinas, las más inmediatas al río, tienen en sus flancos los cementerios de Comodila y del Puentecillo, *ponticello*, de San Pablo.

6.° Después de haber fijado, con ayuda de la naturaleza del suelo y de la experiencia, el radio de extensión del área ó superficie ocupada por los cementerios cristianos en cada una de las vías consulares, y sustraídas, en el círculo de estos límites, todas las partes de terreno que están fuera de las condiciones necesarias, faltaría saber, para formarse perfecta idea de la extensión de las catacumbas, si todas las alturas que pueden prestarse á este uso han sido realmente utilizadas por los cristianos, y si habiéndolas ocupado, las explotaron en todos los sentidos, según la extensión total de su superficie exterior.

M. Michel De'Rossi asegura que una parte considerable de las colinas comprendidas en los límites por él trazados, presenta aberturas que dan entrada á subterráneos cristianos, de tal modo que éstos, especialmente los de las vías Salaria, Latina y Apia, están casi en contacto unos con otros, bajo la totalidad de la superficie. Respecto á la segunda cuestión, todo induce á creer que se ha explotado el terreno y excavado en todos sentidos hasta que la presencia de lechos favorables, ó alguna otra circunstancia local, opusieron á los *fossores* un obstáculo insuperable. Sin hablar de otros indicios que llevan á esta conclusión, se la puede admitir por analogía, según la vasta extensión de los cuatro grandes cementerios de las vías Apia y Ardeatina, á saber: los de Pretextato, de Calixto, de las *catacumbas* y de Domitila.

II. Sentadas tales premisas, el autor se entrega á cálculos que tiendan á darle como resultado conclusiones tan rigurosas como es posible.

Tres datos, resultantes de numerosas observaciones, lo llevan á encontrar aproximadamente la cantidad de superficie bajo la cual se desarrollan todas las catacumbas romanas y la dimensión métrica de las galerías subterráneas que en ellas se han abierto.

1.° Del examen geológico y experimental hecho anteriormente por M. Michel, obtiene, en metros y millas cuadradas, la cantidad de superficie que, atendiendo á la naturaleza del suelo, ha podido aprovecharse en la excavación de catacumbas para un solo piso; y la cantidad encontrada es de cinco millas geográficas, equivalentes á 11.100.500 metros.

2.° Según la experiencia y el punto de comparación que le dan los cuatro cementerios de las vías Apia y Ardeatina, M. Michel se pregunta cuál es, sobre la suma total de la superficie apropiada á la excavación de los cementerios que con gran anterioridad ha obtenido, la parte que realmente fué excavada con este objeto Luego restando de la suma antes citada la parte de las alturas propias para la excavación donde se sabe que no existe ningún subterráneo, y además las excluídas por ciertos obstáculos inherentes á la naturaleza del suelo ú otras dificultades que no dependen de su naturaleza, la cantidad total de la superficie queda reducida á 7.400.334 metros cuadrados.

3.° Buscando, por último, en qué proporciones se han desarrollado los cementerios bajo las alturas donde aparecen, y tomando siempre por punto de partida el ejemplo dado por los cuatro cementerios de las vías Apia y Ardeatina, resulta que la parte realmente excavada se eleva apenas á un tercio de lo que parece poder dedicarse á la excavación. Según este cálculo, no quedarían, pues, más que 2.466.778 metros cuadrados, es decir, casi una milla cuadrada.

Tal resultado podrá, en primer término, considerarse como un mentís dado á la opinión general sobre la vasta extensión de las catacumbas. Todo eso es, sin embargo, falso; y la justa admiración que inspira la grandeza de la necrópolis romana no perderá nada de su expresión, aumentará más todavía, si se considera cuál es en realidad (y éste es un dato positivo) la red de las galerías y el radio de su desarrollo bajo una superficie pequeña en apariencia. ¿Quién podría pensar, sin admiración, que la mitad de las excavaciones en una superficie cuadrada de unas trescientas noventa y cinco partes de una milla cuadrada, comprende mil metros de galerías?

Pero todavía es esto poco: todo el mundo sabe que en las catacumbas hay ordinariamente dos, con frecuencia tres, á veces cuatro y hasta cinco pisos de galerías superpuestas, lo que haría triplicar y aun cuadruplicar los 1.000 metros. Pero para restar en los términos más prudentes (porque conviene tener en cuenta la desigualdad que á veces se nota en la extensión de los pisos inferiores), y no tomar la mitad más que para dos pisos solamente, tendríamos todavía, para esta imperceptible fracción de la milla cuadrada, 2.000 metros, por lo menos, de galerías. El autor ha tomado esta mitad en seis grandes planos de cementerios muy diferentes y muy apartados unos de otros, y la experiencia es tanto más concluyente, cuanto que, confrontados en todos

sentidos, siempre han dado el mismo resultado.

Esto supuesto, nada más fácil de obtener, por simples multiplicaciones, que la suma aproximada de las líneas de excavaciones producidas por las galerías que se comprenden en la totalidad de la Roma subterránea. Esta suma se eleva, atendiendo tan sólo á dos pisos, lo que ciertamente está por bajo de la realidad, á 876.000 metros de galerías, las cuales, puestas por la imaginación unas á continuación de las otras, dan una línea total de 587 millas, ó sean 876 kilómetros geográficos.

Aunque inferior este resultado al obtenido por el P. Marchi, según datos demasiado vagos (1.200 kilómetros), esta cifra es todavía maravillosa, y deja en pie, al menos en apariencia, la objeción de los que consideran como imposible el que una comunidad pobre y perseguida haya podido ejecutar semejante trabajo. Esta dificultad pierde mucha fuerza cuando se piensa que los cristianos excavaron su necrópolis en cinco siglos aproximadamente. Porque conviene no olvidar, como hemos visto más arriba, que mucho tiempo después de la desaparición de las tristes circunstancias que hicieron necesario el establecimiento de esas misteriosas sepulturas, esto es, después de la paz de Constantino, se continuó buscando por devoción un sitio, *locum*, en cementerios santificados por la presencia de las reliquias de innumerables mártires. La sepultura bajo los pórticos y aun en el interior de las basílicas, permitida y usada desde la era de emancipación inaugurada por el primer emperador cristiano, no hizo nunca olvidar el camino de las catacumbas, y los monumentos atestiguan que la piadosa ambición de ser sepultados *ad Sanctos*, *ad martyres*, dominó en el corazón de gran número de fieles al vano deseo de procurarse una tumba más expuesta á la mirada de los hombres (véase el artículo *Ad Sanctos*, etc.).

Por lo demás, sin tener en cuenta la necesidad, cuyo poderoso aguijón se hace sentir en hombres de valor y los pone en camino de emprender y de llevar á cabo las más difíciles obras, ¿de qué no era capaz, y de qué medios no debía disponer, aun en los tiempos más críticos, una sociedad vigorosa y activa, de la cual Tertuliano ha podido decir desde el siglo II: «Somos de ayer, y lo llenamos todo: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras villas, vuestras provincias, vuestras asambleas, los campos mismos, vuestras decurias, las tribus, el palacio, el Senado, el Foro: no os dejamos más que vuestros templos?» (*Apologet.* XXXVII).

Damos á continuación, como modelo, según el P. Marchi (*Monum. delle arti Crist.*, tav. IX), un plano que reproduce la octava parte del cementerio de Santa Inés. El lector podrá, con ayuda de una multiplicación que tenga por base este dato, formarse una idea aproximada de la inmensa red de los 60 cementerios de la Roma subterránea.

Explicación del plano:

El color general indica la roca donde está abierto el primer piso de esta parte del cementerio de Santa Inés; el color más claro marca los huecos practicables del piso inferior; algunos rasgos más cargados de color que el general, indican los muros de contención, construídos para suplir la poca solidez de la roca natural que cubre á este cementerio.

A. Trazada cerca del ángulo inferior y á la izquierda del grabado, esta letra señala el punto ó la única vía que viene de la catacumba excavada bajo la basílica, y sus dependencias se unen al cementerio propiamente dicho, del cual tenemos á la vista una parte.

1. Escalera antigua, descubierta y limpia de escombros en 1841 y 1842, la cual, abriéndose al campo, conduce al piso superior de esta parte del cementerio de Santa Inés.

2. Otra escalera, todavía obstruída en gran parte, y que termina, siguiendo opuesta dirección, en el mismo piso.

El cementerio de Santa Inés, así como algunos otros, fué excavado primitivamente bajo una cantera de arena ó de puzolana, *arenaria*, de origen probablemente pagano; de tal modo, que los primeros cristianos podían entrar y salir en ella impunemente, y dedicarse á sus trabajos de excavación sin excitar las sospechas de los idólatras. También se ve en el centro de esta cantera, cuyo plano puede estudiarse en la lámina III de la obra del Padre Marchi (arriba, pág. 133), una escalera (BB), la primera sin duda que ha sido abierta, y por la cual los cristianos bajaban y subían en un principio para trabajar, y después para celebrar sus asambleas. Supónese que uno de ellos quedaba fuera, cerrando la entrada con una losa que cubría con arena, con objeto de ocultar á los profanos la existencia de la catacumba.

3. Principio de las vías ó pasadizos que empiezan al pie de las dos escaleras.

4. Espacio casi enteramente obstruído por los escombros de la ruina, y en el cual están ocultas otras dos escaleras que van al piso inferior del cementerio.

5. Aberturas resultantes de desmoronamientos ocurridos en las partes débiles de la roca del cementerio. Antes de 1842 era esta la entrada del cementerio.

6. Punto donde las bóvedas del cementerio están perforadas por claraboyas ó acróforos (véase el artículo *Luminare criptæ*).

7. Caverna protegida, á su entrada, por muros arruinados con la roca que ellos sostenían. En medio de estas ruinas es difícil reconocer hoy día la forma del local, así como el uso á que pudo ser destinado.

8. Vías interrumpidas por la roca viva.

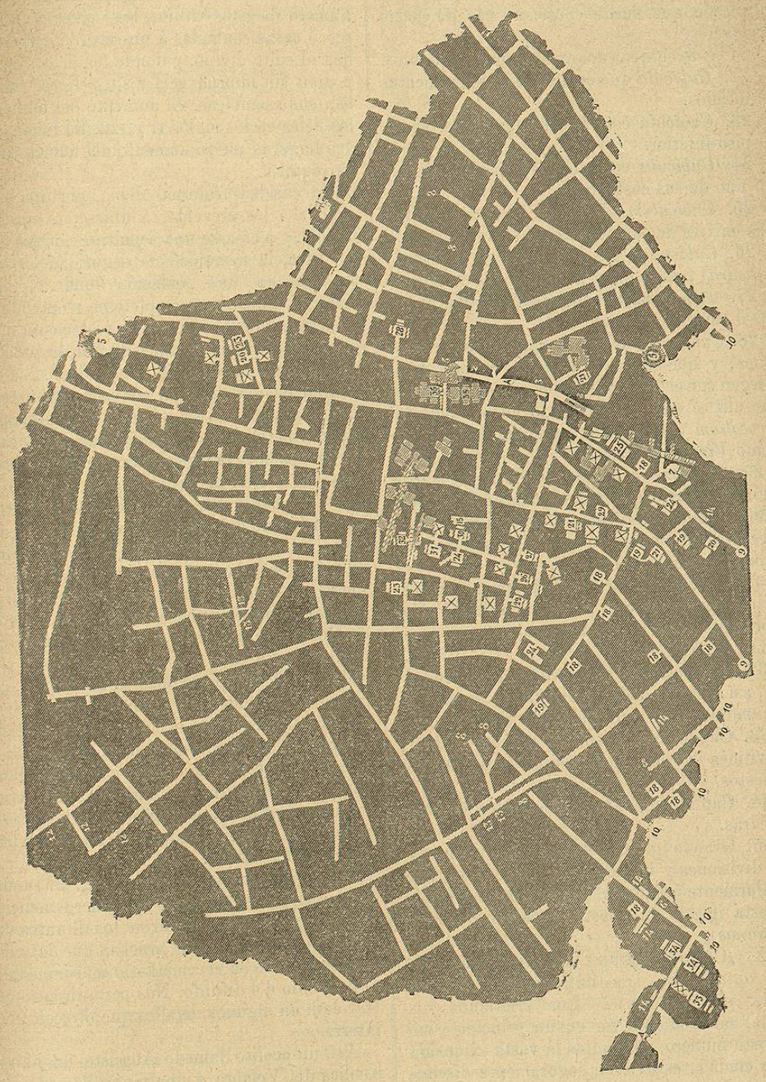
9. Vías interceptadas por construcciones y ruinas.

10. Vías interrumpidas por aterramientos provenientes, ya de aluviones exteriores, ya de depósitos transportados por la mano del hombre.

11. Vía empezada y que nunca fué abierta en toda su extensión.

12. Extremos de las galerías del cementerio donde faltan los sepulcros, abiertos en todas las demás partes.

13. Aberturas estrechas practicadas á un metro sobre el nivel del suelo del corredor, en el espesor de la toba que separa los sepulcros de una pared de los de la pared opuesta.



14. Sepulcros ó monumentos arqueados (*arcosolia*) abiertos á lo largo de los corredores.

15. Monumento arqueado al cual puede darse el nombre de los dos viajeros que en él están pintados.

16. Monumento arqueado que podría llamarse con el nombre del ciervo que allí está representado.

17. Monumento arqueado al que podría darse el nombre del tonel cargado sobre un carro.

18. Cámaras, *cubicula* (véase esta palabra),

con sepulcros ó *loculi* comunes (véase el artículo *Loculus*) tales como los que están abiertos á lo largo de los corredores.

19. *Cubiculum* que contiene un monumento arqueado además de los *loculi* comunes.

20. *Cubiculum* con un poliandro, ó sepulcro arqueado que puede contener más de cuatro cadáveres.

21. *Cubicula* con dos monumentos arqueados.

22. *Cubicula* que encierra tres monumentos arqueados.

23. *Cubicula* con tres tumbas abiertas en el piso inferior.

24. *Cubicula* con un corto pasillo abierto en uno de sus costados.

25. *Cubiculum* adornado de columnas talladas en tres de sus ángulos.

26. *Cubiculum* con asiento (véase el artículo *Cátedra*) practicado á la derecha de la puerta.

27. *Cubiculum* con dos cátedras y dos asientos ó bancos comunes.

28. *Cubiculum* al que se baja por siete escalones, y que se ha titulado la cámara de la Virgen con el Niño Jesús sobre el pecho, asunto que allí se encuentra pintado en el fondo del *arcosolium* (véase esta imagen en nuestro artículo *Virgen* (*La santa*).

29. Cámara ó *cubiculum* dicho de la resurrección de Lázaro, que está pintada en la bóveda.

30. *Cubiculum* ó cámara de la agapa, ó representación de comida pintada en el *arcosolium* enfrente de la puerta.

31. *Cubiculum* que puede tomar su nombre de la disputa (de San Pedro y de San Pablo) representada en el monumento arqueado enfrente de la puerta.

32. *Cubiculum* de las cinco vírgenes prudentes, así llamado del asunto pintado en el *arcosolium* que se encuentra á la derecha entrando.

33. Capilla con vestíbulo, tribuna ó ábside curvilínea y dos cátedras en dos ángulos opuestos.

34. Capilla dividida en dos partes con tres cátedras.

35. Grande iglesia del cementerio, con cuatro divisiones y una lámpara colgada perpendicularmente (véanse el plano y la descripción de esta iglesia en nuestro artículo *Basílicas cristianas*).

IX. ¿Cómo y según qué principios fueron ordenados los cementerios de la Roma subterránea?—Los cristianos, en Roma, no pudieron ser en un principio sino en corto número, y atendida la vasta extensión de la ciudad, estuvieron seguramente diseminados en puntos muy distantes unos de otros. También, siendo conocida la división hecha por San Clemente de las siete regiones de la ciudad entre otros tantos notarios que debían, cada uno en su barrio, tener nota exacta de los hechos de los mártires (véase el artículo *Notarii*), puede asegurarse con todo fundamento que las catorce regiones de la Roma pagana, aun antes de este Pontífice, es decir, después del pontificado de San Pedro y el de San Lino, habían sido divididas en siete títulos ó parroquias cristianas (véase el artículo *Títulos*). Hácia el fin del siglo I y principios del II, San Evaristo se vió obligado á aumentar el número de estos títulos, los cuales eran lugares ó casas confiadas á un sacerdote y dedicadas al culto divino, y donde los fieles, cuando podían sin imprudencia y sin peligro, celebraban sus asambleas. El aumento del número de los fieles en los siglos II y III, dió lugar, á todas luces, al nuevo aumento del número de las parroquias.

La caridad fraternal debía, por una parte, obligar á los creyentes á unirse en una gran familia, y á crearse una sepultura común; mas, por otra, la necesidad de seguridad para sus personas en una población donde el poder material estaba por completo en manos de los idólatras, impidió siempre la realización de un proyecto por demás anhelado. En la práctica, la sepultura hubiera sido imposible si se obstinaran en dar asilo en un solo cementerio á los cadáveres de todos los que fallecían de muerte natural y á los que eran sacrificados por la espada de la persecución. Además, cuanto más largas eran las distancias que debían recorrer y las calles más concurridas, mayor era la exposición de descubrir á los paganos lo que tanto interesaba ocultarles. Esto fué lo que obligó á los primeros cristianos á abrir desde luego sus cementerios á una distancia tan reducida como fué posible de las antiguas puertas de Roma, y á construir después un cementerio especial para cada uno de los barrios ó para cada una de las parroquias de la ciudad, con objeto de no tener, por ejemplo, que transportar más allá del Tíber el cuerpo de un cristiano muerto en el Quirinal ó en el Esquilino, ó viceversa, al cementerio de Priscila ó de Santa Inés, un habitante del Janículo ó del Aventino. Es probable que el número de los cementerios fué multiplicándose al mismo tiempo que el de los títulos.

El P. Marchi ha recogido (pág. 26) todas las inscripciones fúnebres que hacen mención de los lugares que habitaron los difuntos durante su vida; y todas prueban que la inhumación se hizo en el cementerio más inmediato al domicilio del difunto. Nos permitiremos entrar aquí en algunos detalles que ofrecen gran interés.

Así, un acólito llamado Augusto, unido á la basílica del Velabro, y una mujer llamada Pollecta, vendedora de cebada en la calle Nueva y vecina de esta iglesia, fueron sepultados en el cementerio de Calixto, porque del Velabro á la Vía Apia la distancia era corta y el camino directo.

LOCVS AVGVSTI
LECTORIS DEBELA
BRV.....
DE BIANOBA
POLLECTA QVE ORDEV BENDET DE BIANOBA.

Así todavía, los dos sacerdotes, Basilio, del título de Santa Sabina, y Adeodato, del título de Santa Prisca, fueron enterrados en el cementerio de Lucina, porque la Vía de Ostia, en cuya vecindad estaba abierto ese cementerio, era la más inmediata á los lugares del Aventino donde todavía existen las dos basílicas de Santa Prisca y de Santa Sabina.

LOCVS PRESBYTERI BASILI TITVLI SABINÆ
LOC. ADEODATI PRESB. TIT. PRISCÆ.

Aurelio, titular también de Santa Prisca, hizo sepultar á su hermana en uno de los cementerios de la Vía Apia.

Al abrir los cimientos del nuevo *ciborium* de la confesión de San Pablo en la Vía de Ostia, se ha encontrado la piedra sepulcral de un tal Cinnamio, lector del título de Fasciola de los Santos Nereo y Aquiles, al cual se da el pomposo título de *amigo de los pobres*.

Es problable que este mármol hubiera sido sacado de los más inmediatos cementerios de las vías Ardeatina y Apia. También en estos mismos cementerios fué donde, durante su vida, prepararon su sepultura Cucumio y Victoria, guardianes de los vestidos de los bañistas en las termas de Antonino, que se encontraban cerca de la basílica de los Santos Nereo y Aquiles, Capsararius de Antonianas. Dos mártires, Simplicio y Faustino, que habían sido precipitados en el Tíber por la religión de Cristo, fueron sepultados en el cementerio de Generosa, que está en la Vía de Porto, bañada en varios puntos por el río.

MARTYRES SYMPLICIVS ET FAVSTINVS
QVI PASSI SVNT IN FLVMEN TIBERE POSI
TI SVNT IN CIMITERIVM GENEROSES SVPER
FILIPPI

Esta inscripción ofrece una circunstancia de gran interés además de la especial causa por que ha sido citada aquí: tal es la de mencionar el martirio, cosa sumamente rara en los monumentos epigráficos.

Venancio, lector de los *Pallacinæ*, título de la basílica de San Marcos, fué sepultado en el cementerio más vecino de esta iglesia, el de Priscila. Así también el acólito Abundancio, del título de Vestina, fué transportado al cementerio de Santa Inés, porque no había otro más inmediato.

Ósimo, el marmolista, tuvo una tumba cuadrisoma para él y los suyos en un cementerio vecino de la Vía de Ostia, porque probablemente su taller estaba cerca del Tíber, dada la facilidad que tal posición ofrecía para descargar los bloques de mármol que eran transportados en barcos desde lejanos países. Y probablemente en este sitio es donde M. Visconti ha descubierto á principios de 1868 un vasto obrador con toda clase de mármoles preciosos abandonados en la época en que los emperadores dejaron de enriquecer la Ciudad Eterna con nuevos edificios. Por análoga razón Leoncia, vendedora de ollas, Lacvnara, que habitaba cerca de la puerta *Trigémina*, donde se encontraban los hornos y las ollerías, tuvo su tumba á lo largo de la Vía Apia, cuyos cementerios estaban muy cerca de los habitantes de este barrio. Donato, tejedor de lino y de cáñamo, Linteariv s, habitaba en la Suburra, al extremo del Esquilino: también fué sepultado en el cementerio de Ciriaco, en la Vía Tiburtina. Todavía pueden citarse las lápidas de los sacerdotes de San Crisógono, cuyo cementerio era el de San Pancracio, en la Vía Aurelia. La obra de M. De'Rossi que trata de las inscripciones de los cinco primeros siglos, ofrece numerosos ejemplos y luminosas explicaciones sobre este interesante punto de la arqueología cristiana.

CATECUMENADO.—I. Aquellos que del judaísmo ó del gentilismo pasaban á la sociedad cristiana, se llamaban, antes de su iniciación completa por el bautismo, catecúmenos, del griego κατηχέω, «yo enseño», en latín *discipuli* ó *auditores*, «discípulos ú oyentes».

El Concilio de Elvira, celebrado probablemente á fines del siglo III, y con seguridad antes de la paz de la Iglesia, contiene, en sus cánones IV, IX, XXIX, XLII, XLV y LXVIII, casi toda la legislación primitiva sobre el catecumenado. Lo que nosotros vamos á decir no es más que la exposición de las resoluciones de dicho Concilio.

Entre los catecúmenos había tres órdenes distintos, que era preciso tener para llegar al bautismo. La cualidad de catecúmeno daba el derecho de llamarse *cristiano*, pero no *fiel*, título reservado únicamente á los bautizados (véase el artículo *Fiel*). El canon XXXIX del Concilio de Elvira dice de expresa manera que la admisión al catecumenado conferia el nombre de cristiano: *Gentiles si in infirmitate desideraverint sibi manum imponi, si fuerit eorum ex aliqua parte vita honesta, placuit eis manum imponi, et fieri* CHRISTIANOS; «los gentiles, si en sus enfermedades solicitan la imposición de las manos, si su vida es honesta al menos en parte, parece bien (al Concilio) que se les conceda dicha imposición y que sean hechos CRISTIANOS.»

1.º Los catecúmenos del primer orden eran los que se llamaban «oyentes», Audientes. Debemos decir, sin embargo, que todos los catecúmenos estaban, de un modo general, comprendidos bajo este nombre, porque la palabra κατεχουμένος no significa otra cosa que *oidor*, es decir, toda persona que escucha lo que se le enseña. Pero no es menos cierto que, en un sentido más restringido, este mismo nombre era especialmente dado al catecúmeno de la primera clase. Aquél, pues, era *oyente* en este último sentido, porque había deposi-